



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXIV. Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido



LA mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida (1), venian á verla. Dijo don Quijote á don Antonio que el parecer que habia tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berberia con sus armas y caballo: que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gaiferos á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme: pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió don Quijote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho: pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el espediente de que el gran don Quijote pasase en Berberia.

De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo así como se lo pedia.

Y una mañana, saliendo don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplande-

(1) Esto es, como á toque de campana, ó como si por medio de esta fuese avisada para que acudiese. — Arr.

ciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á don Quijote, dijo: insigne caballero, y jamas como se debe alabado, don Quijote de la Mancha, yo soy el caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cua verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa porque le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no ponerlos en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traes determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuales ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.

Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al visorey, que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió: que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes.

Llegóse el visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quien era el caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar delante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios (1) y dénse.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que

(1) Dios los ayude, ó encomiéndose á Dios. — Arr.

su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era mas lijero el de la Blanca Luna, llegó á don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero.

Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrechado Rocinante, ó deslocado (1) su amo: que no fuera poca ventura si deslocado (2) quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á don Quijote.

(1) Por *dislocado*.

(2) Esto es, curado de su locura. Cervantes, jugando aqui graciosa y oportunamente del vocablo, da en este pasaje esta doble significacion á la palabra *deslocado*. — Arr.

